

El nombre de tu bisnieta

Esta herida no será cicatriz porque nunca dejará de manar. La realidad, acaso sentencia de la vida sin tribunal de apelación, sobrevuela desde hace algo más de dos años sobre mis latidos. No en vano, la asumo hoy. La asumo mientras me coges de la mano. Mientras me repreguntas por qué estamos aquí. Y te respondo. Pero olvidas mi contestación. Y por eso me insistes. Me insistes. Es casi como un juego. Tal vez sea mejor tomarlo así.

"Al médico, abuela; en breve te llamarán". Es la frase protagonista en nuestra conversación esta mañana en la sala de espera del neurólogo en el **Hospital Universitario de Fuenlabrada**. Inopinadamente, me afirmas, con total convencimiento por tu parte, que "¿para qué? Si a mí no me pasa nada". Te miro y te sonrío levemente. "Claro que no. Es sólo una revisión. Y además Leire tiene más tarde una ecografía. Le hará mucha ilusión verte". A Leire, a veces la ubicas y a veces no. Cuando la conociste hace un lustro me confesaste que te pareció "encantadora".

A mí me ubicas siempre. Todavía. Qué fortuna. Claro que lo nuestro son 30 años juntos. Nací justo un día antes de tu cumpleaños. Tus 58 velas, ya las soplaste conmigo entre tus brazos; que tanto me sostuvieron en varios recodos de los almanaques. Y me sostienen. Créeme que aún hoy me sostienen. Mi discurrir es un soliloquio silente mientras observo la elegancia con que luces tu ensortijada melena plateada. Tu presencia basta. Ahora sé que no volverás a contarme tus historias favoritas. ¿A dónde van exactamente todos esos detalles? Un violín llora sobre el suelo en que se arraciman las hojas desvencijadas de las ramas. Lecho herrumbroso del letargo. Algún día se podrá revertir, me consuelo.

Aviento la melancolía rápidamente. "Es muy posible que hoy nos anuncien si es niña o niño", te sigo contando. En esta oportunidad, no dices nada. Me asientes. No sé muy bien cómo interpretarlo. Sospecho que tu cerebritito, horadado por las zarzas de la desmemoria, se ocupa en el bucle del lugar, de la ruptura de la rutina.

La pantalla ilumina nuestro número. Nos toca. La agilidad con que te incorporas y caminas es admirable. Seguro que en el HUF ahora mismo hay personas de edad similar a la tuya con serios problemas de movilidad, pero con sus recuerdos en plena forma; reflexiono a la par que, tras de ti, cierro la puerta de la consulta. Saludas muy amablemente a la doctora. Y ella a ti. Comienza la liturgia de las pruebas habituales.

En esta ocasión, el dibujo del reloj te ha quedado más difuso. Las tres palabras que debías recordar se esfumaron con las procelosas alas del olvido. Vuelan los minutos y las cosas. Esta herida no será cicatriz. La enfermedad seguirá avanzando. Aspiramos a que su paso sea lo más lento posible. Me has vuelto a coger la mano. Soy afortunado de sentir el calor de tus yemas. Salimos. Aún queda media hora para que llegue Leire. Tomamos en la cafetería del hospital un ColaCao. El sabor de aquellas meriendas en tu casa. La riqueza inasible de lo vivido.

Cuando ella llega la saludas como a la nieta que también es. Y eso supone, en realidad, un enorme regalo para mí. Siento nervios. Nervios buenos. Miro a Leire, a su incipiente curva. Verde. A ti. Un gentil celador te echa un ojo en nuestra ausencia. El gel. El transductor. Y la emoción que (nos) desborda. La primera noticia que escuchamos es una bendición: sus pequeños órganos se hallan en perfecto estado de **salud**. Tras ello, por fin, ya sabemos cómo se llamará.

Ha pasado casi un mes desde el día en que estuvimos los tres (cuatro) en el HUF. Desde entonces habré repetido en incontables ocasiones el nombre que iluminará nuestras vidas. Hay días en que para nada te crees que vayas a ser bisabuela y otros en que me emocionas cuando te escucho decir "tendré que ir a comprarle alguna ropita". Lo proclamas con absoluta certeza, como si fueses a salir de inmediato al comercio; aunque hace ya tiempo que te desentendiste de lo que significa un monedero. Esta herida no será cicatriz, pero son los chispazos de cierta lucidez los que nos alimentan. Posas tu mano sobre el vientre de Leire. Verde. Fotografía eterna.

No en vano, apenas minutos más tarde y olvidando tu próxima condición de bisabuela, me susurras, en tono confidente y acercándote a mi oído: "veo a esta

muchacha más rellenita, eso es que estará comiendo más. A ver si haces tú también lo mismo, que estás muy 'escurrío'. Te abrazo y sonrío levemente.

Te echo de menos. Muchísimo. Somos tres en el HUF en esta mañana prenavideña. Leire y yo sostenemos a la bebé al alimón en la sala de espera mientras aguardamos a la revisión de los seis meses, entre los melifluos balbuceos. Medio año ya con la algazara de nuestros días. Apenas tres semanas sin ti.

La Nochebuena es de contrastes. La primera con ella. Y el hueco. Tu hueco, que relleno y pinto con el legado indeleble de la huella que late, que late en el **libro** de mi vida. Vamos a empezar a cenar. Y, en ese preciso momento, recuerdo aquella última tarde en que me despedí (sin saberlo), te di un beso y te musité la frase que te pronuncié por vez primera aquella mañana en el HUF y que luego tanto te reiteré en las semanas posteriores que compartiste con ella: "se llama Ainhoa".